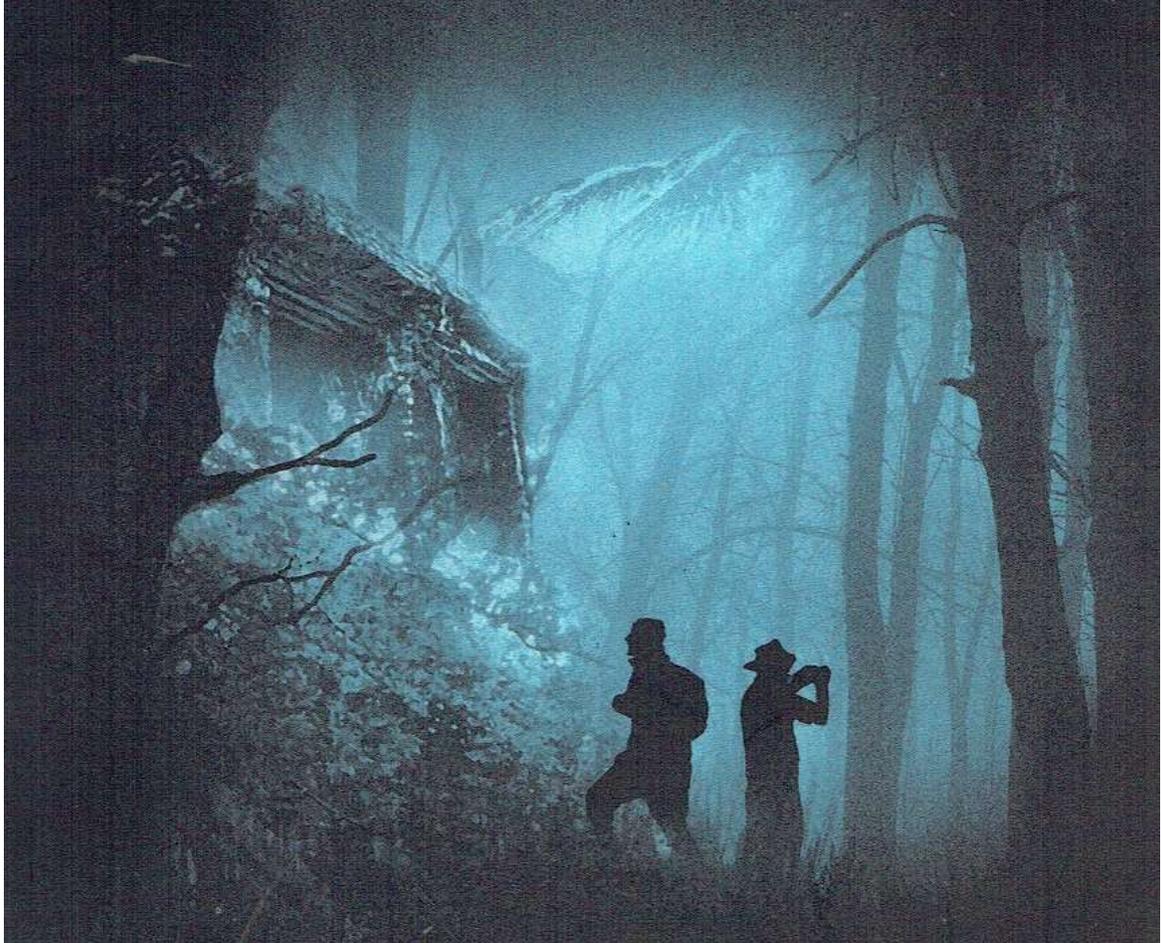


VIVENCIAS EXTRAÑAS Y TENEBROSAS
EN LA ARQUEOLOGÍA



SOMBRAS Y SUSURROS

COORDINADORES
LUIS ALBERTO LÓPEZ WARJO
LUIS ALBERTO MARTOS LÓPEZ

R.

El libro incluye historias de varios autores, pero la coordinación fue realizada por dos personas:

Luis Alberto López Wario y Luis Alberto Martos López.

Luis Alberto López Wario es nativo de la Ciudad de México con profundas raíces en Lagos de Moreno, Jalisco. Es arqueólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en México e investigador de tiempo completo en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH-México) desde hace más de 43 años. Fue docente en la ENAH, titular en dos direcciones de arqueología del INAH y cuenta con trabajos en diversas áreas de la república mexicana. Ha publicado varios textos de corte científico y de divulgación. Sus temas de interés son la protección del patrimonio, la historia de la arqueología y la divulgación del quehacer arqueológico.

Luis Alberto Martos López nació en la ciudad de México. Es arqueólogo y doctor en Antropología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH-México), además de licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es investigador de tiempo completo de la Dirección de Estudios Arqueológicos del Instituto Nacional de Antropología (INAH-México). Ha sido subdirector de investigación del Museo Nacional de Antropología y Director de Estudios Arqueológicos, además de dirigir y participar en numerosos proyectos en Baja California, el centro de México, Yucatán, Campeche, Quintana Roo, Tabasco y Chiapas, y en países como El Salvador, Belice y Argentina. Ha publicado 8 libros, una novela infantil y más de 80 artículos de arqueología e historia.

Sombras y susurros

Sombras y susurros.
Vivencias extrañas y tenebrosas en la arqueología
Luis Alberto López Wario y Luis Alberto Martos López

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cabeza del Rey Don Pedro, 9
Sevilla 41004
España
911.413.306
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-19074-21-8

Maquetación y producción: Punto Rojo Libros
© Luis Alberto López Wario y Luis Alberto Martos López
© Diego Alberto Martos Yoma, de la portada
© Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Agradecimientos	9
La experiencia arqueológica: entre lo "mágico" y lo "maravilloso"	
Luis Alberto Martos López y Luis Alberto López Wario	17
Relatos no subrepticios	
Francisco Mendiola Galván	31
El chamán de Ahuacatlán	
Jorge Arturo Talavera González	45
Los fantasmas de la iglesia de Las Capuchinas, Morelia, Michoacán	
Víctor Joel Santos Ramírez	53
¿Quién era el difunto?	
Josefina del Carmen Chacón Guerrero y Raúl M. Arana Álvarez	69
La otra cara del Palacio de Cortés	
Jorge Angulo Villaseñor	77
Historias del inframundo... bajo la Pirámide del Sol	
Jesús Torres Peralta	89
Experiencia única en la cueva de la Pirámide del Sol	
Luis Eduardo Ramos Cruz	109

La bruja de la parroquia de San Juan Teotihuacán	
Sergio Gómez Chávez	115
Luces en Casa Blanca, Chalchuapa, El Salvador	
Fabrizio Valdivieso.....	121
Crónica de un extraño ascenso al volcán Quehuar	
Bernardo Cornejo Gastón Vitry	129
En el umbral del Tlalocan.	
Los niños fallecidos en el Monte Tláloc	
Víctor Manuel Arribalzaga Tobón	141
El nudo	
Tomás Villa Córdova.....	155
Los dioses nos responden	
Raúl M. Arana Álvarez y	
Josefina del Carmen Chacón Guerrero	165
Espantos en La Alhóndiga	
Yadira Tapia Díaz Jorge Arturo Talavera González.....	171
Una presencia extraña en Huichapan	
Alfredo Feria Cuevas Valerio Erasto Paredes Vega.....	187
No es lo mismo sentir pasos, que oírlos	
Jorge Alberto Quiroz Moreno	197
Historia corta de una larga noche	
María José Con Uribe Recordando a Maricruz y Eduardo	203

Una visita nocturna	
Luis Alberto Martos López	209
No estamos solos	
Mariano Cornejo A Christian Vitry	215
El Olvidado	
Rosalba Nieto Calleja	227
Las cruces empolvadas. A manera de corrido	
Luis Alberto López Wario	235
Caminando por el <i>Inca Naani: hirkas,</i> <i>huacas</i> y muertos nos acompañan	
Ricardo Chirinos Portocarrero	247
Los guardianes	
Amelia Pérez Trujillo	257
El cenote de los aluxes	
Sergio Grosjean Abimerhi	269
En las cuevas mayas	
Carlos Augusto Evia Cervantes	277
Un evento difícil de explicar	
Sergio Grosjean Abimerhi	291
Una aproximación inesperada en el juego de pelota de Dzibanché	
Antelma Isabel Premió Vázquez	303

Don Polo	
Adriana Velázquez Morlet	315
“Es que anda molesto el Yumtzil”	
Luis Alberto Martos López.....	319
Presencias y voces en el apu Llullaillaco	
Christian F. Vitry di Bello	335

En las cuevas mayas

Carlos Augusto Evia Cervantes⁹⁹

Los ruidos en la noche.

En el año de 1997 daba clases a mis alumnos en la Facultad de Ciencias Antropológicas (UADY), a la vez que organizaba expediciones para recorrer diversas cavernas del estado de Yucatán; era una época en que, para mí, las visitas a las cuevas eran muy frecuentes.

El 31 de octubre de ese año fuimos a la cueva Xpukil del municipio de Opichén, aunque la cavidad es mejor conocida como la Cueva de Calcehtok, porque se encuentra a tres kilómetros de una comunidad que lleva ese nombre.

Los alumnos me habían hecho prometerles que si obtenían buenas calificaciones yo los llevaría a esa gruta y nos quedaríamos a dormir adentro, para que ellos experimentaran lo que se siente; yo ya había pernoctado allí en otras ocasiones.

⁹⁹ Maestro en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma de Yucatán.

En total eran cuatro hombres y cinco mujeres los que fuimos a esa expedición; iniciamos la aventura a las nueve de la mañana, recorriendo la ruta más larga de las tres existentes. En especial recuerdo haberlos llevado a mirar un espeleotema llamado "El Ataúd", por coincidir esa fecha con el primer día de Muertos de ese año, el de los menores.

Todos se portaron muy bien durante el recorrido, pese a que hubo partes muy difíciles en el camino. De regreso, cuando salimos de la parte oscura de la cueva, dos hombres y tres mujeres nos quedamos en la bóveda inicial que es muy grande, como de 70 metros de diámetro; los demás retornaron a Mérida.

Muy pronto llegó la noche, pero nosotros ya habíamos escogido nuestro lugar en aquella enorme bóveda que nos conectaba con el exterior por la ruta de entrada y por una enorme dolina o fractura en el techo. Después de la cena, cuando intentábamos dormir, una de las chicas dijo: "¿Ya escucharon ese ruido que parece venir de afuera?". Efectivamente, ya lo había oído, pero no le di importancia, sin embargo, las demás personas se inquietaron y empezaron a comentar lo que podría ser. Se escuchaba como un disparo o un golpe seco que sonaba cada cierto tiempo, pero era arrítmico, no sucedía en un lapso periódico. Esto parecía sugerir que el ruido no era de la naturaleza, sino provocado por alguien... o algo. Les dije que podrían ser cazadores, que quizá estaban cerca tirando contra alguna presa, pero pasó media hora y los ruidos continuaron. No podían ser cazadores, serían demasiados tiros.

Alumbrábamos por todos lados de la cámara, pero no encontrábamos la fuente del ruido. Incluso ya se escuchaba un poco más fuerte. La tensión en el grupo era altísima, alguna persona sugirió que mejor nos fuéramos a nuestras casas. Al ver que ya el terror los estaba dominado, les propuse lo siguiente: que apagáramos todas las lámparas para poder observar si algo o alguien se acercaba. “Además -les dije —, si lo que hace el ruido y viene hacia a nosotros es humano, necesariamente veremos su luz, pero si no es humano, tendremos que confrontarlo”. Entonces mis alumnos se agruparon en un rincón, apagaron sus luces, pero ninguno quiso mirar hacia donde el ruido se escuchaba. De hecho, creo que los cuatro, apiñados, cerraron los ojos. Yo empecé a observar toda el área y no veía nada en movimiento.

Pasaron unos minutos y tomé una decisión. Les dije que se quedaran en sus sitios y yo saldría a ver lo que estaba produciendo el ruido, así que avancé con una potente lámpara oteando cada parte de la gran bóveda. Avancé hacia el exterior y justo cuando llegué bajo la dolina, vi unos enormes árboles de plátano que han estado allí por décadas. Entonces pensé que quizá los murciélagos, que son miles en esta cueva, en su paso incesante del exterior hacia el interior de la dolina, tiraban algunos frutos con los que se alimentaban; tal vez al caer golpeaban las grandes hojas de los árboles de plátano y eso podría ser lo que producía ese ruido tan irregular pero persistente.

Regresé a donde estaban mis alumnos, que todavía estaban escondidos y les expliqué el origen del ruido, pero no les dije que

sólo era suposición mía. Pero gracias a esta explicación ellos se calmaron, seguimos escuchando los ruidos, pero ya todos muy tranquilos y al poco rato ya estábamos durmiendo. Al día siguiente, cuando ellos vieron los árboles de plátano se carcajearon por todo lo que pasó; yo sonreí, pero guardé silencio, pues nunca supe qué fue lo que realmente causaba el ruido.

El grito de la mujer escondida.

Era el año de 1982 y entre mis alumnos se sabía que yo acostumbraba explorar las cavernas de Yucatán y Campeche. Así que de vez en cuando me pedían que los incorporara en dichas aventuras. Para ese año, yo había programado una visita a la gruta de Xtacumbilxunaan, en las cercanías de Bolonchén, Campeche, así que el trece de marzo del citado año me fui con cinco muchachos y dos chicas a esa gran caverna que se hiciera famosa por la espléndida litografía de Frederick Catherwood en el siglo XIX.

Pero para no perder el tiempo en el viaje de ida a dicha caverna, nos trasladamos una noche antes. Para esto, ya había pedido permiso a la entonces administradora del sitio de pernoctar en una palapa que se encuentra en la entrada de la caverna y en plena selva. Todos estaban muy contentos y emocionados porque era la primera vez que salían conmigo.

Nos acomodamos algunos en la palapa y otros un poco más lejos. Durante la cena me pidieron que les contara algún mito que yo conociera. Acepté narrarles, pero dos de los muchachos me

pidieron permiso para ir a fumar un cigarro en la entrada de la cueva. Les di permiso, pero les advertí que de ninguna manera entraran a la cueva o se internaran en el monte. Después de algunos relatos, les narré uno de los mitos que se le atribuyen a esta cueva y es el que corresponde al periodo prehispánico.

En los tiempos antiguos del Mayab, dos jóvenes pertenecientes cada uno a una tribu distinta, tuvieron un idilio con un final desafortunado. En una de las comarcas cercanas a Bolonchén reinaba un cacique de nombre Tuk, quien era padre de una hermosa joven llamada Pujayeb. La otra comarca, también cercana al mismo sitio, estaba dominada por un cacique de nombre Tunich y tenía un hijo muy apuesto, a quien todos conocían como Ek Balam (jaguar negro). Por azares del destino, ambas regiones mantenían una rivalidad que se manifestaba en los eventos y competencias que, de cuando en cuando, celebraban las tribus de toda el área.

El destino quiso que los dos príncipes se conocieran y se enamoraran desde la primera vez. Buscaron la manera de encontrarse a solas para comunicarse sus sentimientos. A raíz de que inició una guerra entre ambos cacicazgos, la pareja de enamorados convino en huir para realizar su amor interrumpido por la conflagración. En una noche, mientras todos dormían Pujayeb se escapó de la casa paterna y se fue con Ek Balam. No faltó quien los viera y diera la noticia al cacique Tuk, quien de inmediato formó una legión de sus mejores guerreros para ir en busca de los príncipes.

La joven mujer pronto se sintió agotada por la marcha forzada a que eran obligados y Ek Balam decidió esconderla en una gruta cercana que él conocía. Después de llevarla a lo más profundo de la caverna, regresó a la entrada, para esperar a los perseguidores. Cuando llegaron las huestes de Tuk, el joven príncipe negó que estuviera Pujayeb con él, pero su destino estaba marcado, le dieron muerte. Mientras sucedía esto en la entrada, la dama despertó de su desmayo y oyó las voces de los hombres que veían de afuera. Comprendió que estaba a punto de ser capturada y pidió a los dioses que no lo permitieran.

Después de eliminar a Ek Balam, los soldados entraron para revisar el interior de la gran caverna, pero no encontraron a la muchacha. Sin embargo, todos vieron una figura de piedra que parecía una mujer hermosa. Desde entonces se puede ver en la cueva una estatua de piedra, que evoca la historia de la dama escondida, que es ahora la razón del nombre de la gruta. Se dice que en las noches de luna un tigre negro se desliza al interior de la gruta y lame cariñosamente la figura de piedra, acto que les permite tomar forma humana a ambos para revivir su idilio de aquellos tiempos.

A medida que yo les contaba este mito, mis alumnos se fueron acercando más a mi hamaca y de pronto aquellos dos que se fueron a fumar el cigarro retornaron a la palapa, pero le reclamaron airadamente a otro alumno llamado Evaristo, quien era conocido por sus bromas pesadas, el por qué había tratado de asustarlos. Evaristo me miró desconcertado y contestó:

—Maestro, yo no me he movido de aquí, he estado junto a todos. ¿No entiendo que pasa? —Entonces yo intervine y les pregunté qué les había pasado. Los dos chicos contaron a todos que habían escuchado un grito espantoso y que parecía de una mujer. Cabe señalar que estos dos jóvenes no habían oído mi relato, pero los demás de inmediato dijeron que podía ser el espíritu de la mujer escondida en la caverna.

De pronto todos se acercaron a la palapa, las hamacas se reacomodaron en su interior para que cupiera más gente. Hubo quien se acostó en el suelo, pero muy cerca de todos. Mientras tanto aquellos dos jóvenes juraban haber escuchado ese grito aterrador. Los nervios de ellos estaban alterados y hubo a quien le pareció ver una figura caminar en el monte.

Esa noche la luna estaba espléndida y sus rayos entraban en la maleza creando figuras que la imaginación de cada quien daba forma. Las aves nocturnas nos obsequiaron sus extraños cantos y más tarde regresó la calma al grupo y finalmente nos dormimos.

La aventura del día siguiente fue maravillosa, pues la Xta-cumbilxunaan es una caverna majestuosa.

El automóvil fantasma.

Como ya había mencionado, hace dos décadas me gustaba ir a las cuevas por las noches, especialmente a la caverna

Xpukil¹⁰⁰, ubicada en el municipio de Opichén, Yucatán. Durante mis estudios de maestría, dos de mis compañeras de nacionalidad española me pidieron que las llevara a esa famosa gruta pues querían experimentar esa mágica sensación que es pasar la noche dentro de una cueva.

Así que organicé todo y nos fuimos el 31 de agosto de 2000. Escogimos ir en jueves para evitar a los numerosos turistas que acostumbran ir los fines de semana a ese lugar. Primero fuimos a la pequeña comunidad de Calcehtok para avisar al guía local sobre nuestra presencia en la caverna y luego subimos la serranía del Puuc con nuestro carro. Llegamos a la entrada de la cueva a las diez de la mañana y entramos con mucha confianza ya que el guía local me había enseñado los caminos subterráneos desde 1982.

Disfrutamos el recorrido de la llamada "Ruta corta", la que está llena de atractivos y salimos a las dos de la tarde. Nos quedamos a descansar en la gran bóveda de la entrada, justamente donde íbamos a dormir. Sin embargo, entrando la noche, una de mis compañeras se dio cuenta de que el tirante de su mochila estaba a punto de arrancarse. Pensé que sería un gran inconveniente que se rompiera ya estando en la profundidad de la

¹⁰⁰ Esta caverna está muy cerca de la zona arqueológica de Oxkintok; en ella se han encontrado vestigios arqueológicos: vasijas y huesos, principalmente. De hecho, en una de las cámaras profundas, en donde es difícil acceder, hay tinajas que dejaron los mayas para captar el agua que goteaba, considerada *Zuluy Há*, es decir, "agua virgen" no contaminada ni por la mirada de nadie y que se usaba en rituales y ceremonias.

caverna, por lo que les propuse que fuéramos a Maxcanú, la ciudad más cercana, para adquirir otra mochila; por supuesto aceptaron.

En medio de la oscuridad salimos de Xpukil y subimos a nuestro vehículo para dirigirnos a la citada ciudad. El camino a recorrer se dirige inicialmente a Calcehtok, pero un kilómetro antes de llegar a este pueblo, había otra vía parcialmente pavimentada que conducía a Maxcanú. Esta última se enlazaba casi perpendicularmente con la primera¹⁰¹.

Cuando ya estábamos a unos 300 metros de llegar al enlace de los dos caminos, vimos las luces de un automóvil que venía por esa vía desde Maxcanú. De inmediato empezamos a hacer conjeturas de quien podría ser, pues hasta la fecha, es muy raro que alguien transite esos parajes durante la noche. De continuar nuestro trayecto necesariamente tendríamos que encontrarnos con el citado vehículo. Pensamos que quizá era algún amigo que estaba yendo a vernos, o tal vez un viajero extraviado. Cuando ya solo faltaban 50 metros para llegar al cruce de los caminos, las luces del citado carro se apagaron. Esto nos asombró mucho pues estos caminos están en plena selva, son muy estrechos y no hay espacio para apearse, pero comentamos que, de todas formas, nos encontraríamos con ellos.

¹⁰¹ Este tipo de vías son muy estrechas, flanqueadas por la vegetación, sin acotamientos; son antiguos caminos por los que antiguamente circulaban los caballos o carretas de las haciendas, por lo que toparse con un vehículo de frente significa tener que detenerse y maniobrar para poder pasar.

Al llegar al punto de enlace, tomamos el camino a Maxcanú; esperábamos encontrarlos de frente con el multicitado vehículo, pero no vimos ni automóvil ni persona alguna; absolutamente nada. Entonces entramos en un estado de confusión total pues a pesar de que los tres habíamos observado las luces, en esos momentos nos empezamos a preguntar si de verdad las habíamos visto, pero por supuesto que los tres las percibimos, pues habíamos hecho comentarios al respecto.

Un poco agitados por aquel suceso, llegamos a Maxcanú, compramos una mochila para la compañera y cenamos allí. En el camino de regreso volvimos a pasar por el mismo lugar de los hechos y dijo una de mis amigas: "Carlos, mi mente no puede aceptar esta experiencia, por favor dame una explicación". "Lo lamento", les dije a las dos, "estoy igual que ustedes; simplemente no lo entiendo".

A las 8:30 pm llegamos de nuevo a la gruta Xpukil; ya estábamos más calmados y a las diez de la noche ingresamos por la "Ruta Larga" de esta enorme caverna. Este recorrido es la joya de la corona de Xpukil, aunque para hacerlo, hay que emplear mucha energía, pero finalmente esto nos dio muchas satisfacciones.

Terminamos ese recorrido a las dos de la madrugada del día siguiente y nos acostamos a dormir en el campamento instalado en la gran bóveda inicial. Contemplando la luna y las estrellas, gracias a la magnitud de la dolina o fractura cenital que tiene esa

estancia, nos dormimos plácidamente. El misterio del automóvil nocturno nunca se aclaró.

Cencerros y aplausos en la noche.

Era el año 2002 cuando nos invitaron a conocer una comunidad llamada Yaxunah, en el municipio de Yaxcabá. El objetivo de nuestra visita consistió en evaluar las condiciones del conjunto de cenotes y grutas para definir su potencial como atractivo turístico. El área que ocupa el citado municipio está ubicada en el centro del estado de Yucatán, y en ella se encuentran decenas de cenotes y grutas, unas más bellas que otras. Para mayor placer del visitante, a un kilómetro de distancia está el sitio arqueológico Yaxunah el cual tuvo mucha importancia en el periodo prehispánico¹⁰².

Un equipo de personas, todos del Grupo Espeleológico Ajau, organizamos la expedición y partimos desde la ciudad de Mérida hacia nuestro destino. Llegamos al sitio en la noche del ocho de marzo y nos instalaron en un campamento muy cómodo y dentro del poblado. Al día siguiente iniciamos los recorridos por varias cavidades aledañas a Yaxunah. Por cada una de las cavidades hicimos los registros necesarios para tener un panorama completo del tema. Fue una agotadora jornada pues

¹⁰² Este sitio se localiza a unos 25 kilómetros de Chichén Itzá y es famoso por estar unido al antiguo centro político de Cobá a través del *sacbé* o "camino blanco" número 1, que tiene una extensión de casi 110 kilómetros.

trabajamos todo el día en los principales subterráneos del entorno, pero, pese al cansancio, estábamos felices de conocer tantas cuevas y a la vez, cumplir con el objetivo que nos habían encargado.

Ya estaba oscureciendo cuando decidimos regresar al campamento, pero alguien del grupo sugirió que antes de partir, subiéramos a la estructura mayor del sitio arqueológico para admirar el paisaje y así lo hicimos. El panorama era simplemente espectacular y estábamos conscientes de que éramos las únicas personas en toda la extensión de esta antigua ciudad maya. Después nos acostamos para observar un rato la bóveda celeste que en esos momentos ya se llenaba de estrellas.

Conversábamos de lo que habíamos vivido ese día y minutos después escuchamos los sonidos de muchos cencerros, esas pequeñas campanas que se le colocan a la vaca guía del rebaño para localizarlo en caso de que se pierda. Luego escuchamos una especie de aplausos, pero interrumpidos, como si fueran señales. Nos extrañó que a esa hora de la noche alguien estuviera arreando ganado, pero tampoco nos levantamos para verlo pasar; además los sonidos se escuchaban un tanto lejanos y supusimos que era un acontecimiento rutinario. Luego nos levantamos y como los sonidos descritos se repetían, encendimos nuestras lámparas y alumbramos hacia la dirección de los ruidos. Pero sólo vimos la inmensidad de la selva baja que rodea al sitio arqueológico; quedamos intrigados, porque era difícil pensar que

alguien guiara al ganado a través del monte y mucho menos en la noche.

Al día siguiente, ya casi para regresar a Mérida le comentamos a nuestro guía y anfitrión principal lo que escuchamos cuando estábamos en la pirámide principal de Yaxunah y nos comentó que ya le había sucedido antes a algunas personas ajenas al pueblo y que van al sitio arqueológico sin la compañía de un habitante local. Nuestro anfitrión dijo:

—Son los aluxitos, que se manifestaron para avisar de su presencia. —Le dijimos que habíamos tratado de verlos con nuestras lámparas, pero él nos contestó que:

—No se pueden ver porque son “viento”.

De los muchos relatos que he escuchado de los aluxes, este es quizá el más raro, pero no seguí hablando del asunto pues consideré que era más prudente callar y no generar dudas sobre nuestro respeto por la comunidad y su cosmovisión.

Acerca del autor. Carlos Augusto Evia Cervantes fue profesor investigador durante 40 años en la Universidad Autónoma de Yucatán. Es Maestro en Ciencias Antropológicas por esta institución en las que impartió diversas asignaturas. Ha publicado nueve libros sobre mitos, cavernas y turismo. Es espeleólogo desde 1971 y actualmente es columnista del diario *Novedades Yucatán*.

La arqueológica, esa actividad que permite aproximarse a las formas de vida de los grupos humanos que nos antecedieron a partir del análisis de sus evidencias materiales, es para muchos una profesión exótica y apasionante, pues abre la posibilidad de asomarnos a esos hechos pretéritos y nos convierte en una especie de testigos del comportamiento y actividad humana a través del tiempo.

Pero esta disciplina resulta doblemente atractiva en esta nuestra América, por que el trabajo nos lleva hacia la montaña, la selva, el bosque, el desierto, la cueva, el cenote, la casona antigua y a otros tantos sitios, a veces tan insólitos como maravillosos, a donde la mayoría de la gente no suele llegar. Pero más allá de la aventura que significa trabajar en esos contextos, sucede que en ocasiones, durante el desarrollo de los trabajos arqueológicos, de pronto y cuando menos se espera, ocurren eventos que rebasan nuestro entendimiento, hechos que se catalogan como “raros”, “extraños” o “inexplicables”. Las propias comunidades locales hablan de la existencia de “chaneques”, “aluxes”, “malos vientos”, “espíritus”, “guardianes”, “fantasmas”, seres sobrenaturales o fuerzas que habitan o protegen esos lugares y por ello hay que tener cuidado y pedir el debido permiso. Todo esto por supuesto que está más allá de nuestra razón.

En este libro nos hemos dado precisamente a la tarea de recopilar narraciones acerca de las vivencias de varios arqueólogos y otros profesionales vinculados con la disciplina; se trata de eventos muy concretos que pueden ser catalogados como “misteriosos”, “raros”, “sobrenaturales” y hasta “tenebrosos” y que por ello se habían mantenido en reserva. No se pretende encontrar una razón o una explicación, se trata más bien de presentar las diversas narraciones o “historias arqueológicas” en la voz de quienes las vivieron (o sufrieron). Son hechos que en realidad sucedieron y que por ende son, a final de cuentas, historias de la vida cotidiana del arqueólogo en el campo. En esta recopilación hay una amplia diversidad de participantes, así como de tiempos, circunstancias, regiones y espacios en los que ocurrieron esos hechos, pero en dichas narraciones se destaca un elemento fundamental e inevitable que es la percepción individual, aunque varias historias refieren a sucesos que ocurrieron a grupos de personas.

La invitación para el lector es que discurra por esos mundos que se han ocultado, para iluminar aún que sea un poco esas sombras y escuchar esos leves susurros, que se perciben en ocasiones lejanos y de los que se habla en voz baja. A fin de cuentas la arqueología no sólo consiste en asomarse a otros mundos, sino a otras percepciones también.



P. Punto Rojo Libros